



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del
Instituto de Estudios Filosóficos
LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, nº 3 (2005)

LA GRANDEZA DE UN FILÓSOFO

D. Antonio Millán Puelles, *in memoriam*

Cuando se ha traspasado el umbral de la muerte, la más grave de las horas, cierta clase de méritos, científicos, filosóficos, literarios o académicos, tienen la consistencia evanescente del humo. Y eso que Antonio Millán-Puelles los tenía en abundancia. La hondura de pensamiento se unía en él sin dificultades con la belleza expresiva. Dirigía la mirada, como en vilo por su sed de saber universal, a las cumbres metafísicas, donde se respira el aire de la teoría pura, y a los valles de la ética, la economía o la política, a la arena de la práctica, donde la verdad diáfana la revuelven y enturbian los intereses humanos. La verdad era su sitio. La buscaba en todas partes, en los pensadores clásicos como en los contemporáneos, y pugnaba por saber la del hombre y la de Dios. Fueron, pues, grandes sus méritos. Y recibió honrosos premios, a los que él honró aún más, como el Nacional de Literatura o el Nacional de Investigación Filosófica. Fue académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales, visitó universidades españolas y extranjeras y escribió una obra inmensa, a la vez profunda y clara. La estructura de la subjetividad, Teoría del objeto puro, Ética y realismo, Economía y libertad, Ontología de la existencia histórica o La libre afirmación de nuestro ser son monumentos científicos. Merece que se le incluya en la lista restringida de los grandes filósofos.

Mas por cima de estos grandes méritos filosóficos, que le proporcionarán un sitio ilustre en la historia, en Antonio Millán-Puelles sobresalían los humanos, a los que no aniquila ni siquiera la muerte. Tenía un ingenio brillante, finura de sentimiento, agudeza gaditana. Trabajaba con ahínco, pensaba profundamente, escribía con esmero. Era amigable y pacífico, era templado y alegre, era generoso y bueno. Son millares los discípulos, de los cinco continentes, que han recibido de él, además de instrucción y enseñanza filosóficas, un magisterio precioso que se llama humanidad. Tenía de ella en abundancia y era afable a todas horas. De constitución menuda, dominaba con su genio tormentas de pensamiento. Aunque justo, era indulgente.

Nació en un pueblo de Cádiz, Alcalá de los Gazules, hace ochenta y cuatro años, y después de una vida de bondad y fecunda, dedicada a la docencia y a la investigación filosófica como catedrático de metafísica de la Universidad Complutense, murió el veintidós de marzo en la ciudad de Madrid. Que Dios lo tenga en Su gloria.

José Luis del Barco Collazos
Universidad de Málaga